

CROISSET

LAS
DEMOCRACIAS
ANTIGUAS

JC421

C7

R. C.



1020025569

LAS DEMOCRACIAS ANTIGUAS

A.

PUBLICADOS

- Psicología de la Educación**, por el Dr. Gustavo Le Bon. (Segunda edición española.)
La Vida y la Muerte, por el Dr. A. Dastre.
Las Fronteras de la Enfermedad, por el Dr. J. Héricourt.
El Valor de la Ciencia, por H. Poincaré.
El Alma y el Cuerpo, por A. Binet.
La Evolución de la Materia, por el Dr. Gustavo Le Bon.
La Ciencia y la Hipótesis, por H. Poincaré.
La Ciencia Moderna y su estado actual, por Emilio Picard.
La Historia de la Tierra, por L. de Launay.
Las Influencias de los Antepasados, por Félix Le Dantec.
La Naturaleza y las Ciencias naturales, por Federico Houssay.
Las Doctrinas Médicas; su evolución, por el Dr. E. Boinet.
La Vida social y sus evoluciones, por Ernesto Van Bruyssel.
La Higiene Moderna, por el Doctor J. Héricourt.
El Ateísmo, por Félix Le Dantec.
La Física Moderna; su evolución, por Luciano Poincaré.
La Electricidad, por L. Poincaré.
La Lucha universal, por Félix Le Dantec.
Del Hombre á la Ciencia, por Félix Le Dantec.
La Alemania moderna, por Enrique Lichtenberger.
La Ciencia y el Método, por H. Poincaré.
El Japón Moderno; su evolución, por Ludovico Naudeau.
Ciencia y Religión en la Filosofía contemporánea, por Emilio Boutroux.
Las Ideas modernas sobre los Niños, por Alfredo Binet.
Las Democracias antiguas, por A. Croiset.

EN PREENSA Y EN PREPARACIÓN

- La Música**, por Julio Combarieu.
La Evolución de las Fuerzas, por el Dr. Gustavo Le Bon.

PRECIO DE CADA VOLUMEN: 3,50 PESETAS

A. CROISSET

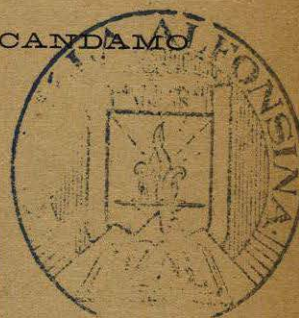
Del Instituto de Francia.

Decano de la Facultad de Letras de la Universidad de París.

Las
**Democracias
antiguas**

VERSIÓN ESPAÑOLA DE

BERNARDO G. DE CANDAMO



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

86166

MADRID

LIBRERÍA GUTENBERG DE JOSÉ RUIZ

PLAZA DE SANTA ANA, NÚM. 13

1911

21405

331.4

C. 57421

27

ES PROPIEDAD

MADRID.—Jaime Ratés, impresor, plaza de San Javier, núm. 6.

LAS DEMOCRACIAS ANTIGUAS

INTRODUCCIÓN

La palabra *democracia* es griega, como la cosa que significa. Fué en Grecia donde nació la democracia: libre y completamente evolucionó en gran número de ciudades diversas. El ciclo de sus transformaciones se ha desarrollado allí con tanta frecuencia y regularidad, que fueron los filósofos griegos quienes formularon su teoría. Ocurre con esta experiencia social como con la evolución artística y literaria: Grecia, en los cuatro ó cinco siglos de su existencia activa y autónoma, presentó al mundo un cuadro acabado de la democracia, un ejemplo-tipo, en cierto modo, en el cual palpita la vida, pero cuyos rasgos están enlazados entre sí por una lógica íntima.

En realidad es, sobre todo en Atenas, donde la democracia nos es mejor conocida. Otras ciudades griegas han establecido la democracia, pero sólo poseemos acerca de ellas informaciones demasiado fragmentarias para hallarnos en situación de seguir su

historia de un extremo á otro y diseñar su imagen precisa. Por lo demás, la evolución fué más regular y más completa en Atenas que en cualquier otra parte; se realizó espontáneamente, sin intervención de elementos de fuera, y prosiguió hasta su término natural. En lo que se refiere á Roma, la democracia no logró allí su total coronamiento. El progreso democrático, después de haber llenado los primeros siglos de su historia, abortó bruscamente á consecuencia del desarrollo del poder romano. Fuera de Grecia y de Roma, también nos ha presentado Cartago una vida política interesante, pero que nos es poco conocida. Por lo tanto, la democracia ateniense es la que deberá formar el punto central de nuestro estudio. Añadamos que esta democracia, al propio tiempo que la más conocida para nosotros y la más completa, es también la más inteligente y más civilizada que nos ofrece la historia de la antigüedad. Por todos esos títulos, presenta un interés de primer orden.

No me propongo entrar en todo el detalle de su organización ni de su historia. Lo que yo querría hacer resaltar, sobre todo, es el espíritu de esta democracia y los caracteres esenciales de su actividad. Indicaré primeramente cómo ha nacido y las fases principales de su evolución hasta el momento en que ésta se acaba y en que está enteramente formado el organismo democrático. Entonces analizaré sus principales órganos y los rasgos característicos de cada uno de ellos.

Querría, sobre todo, estudiar su funcionamiento; porque una constitución política no es, por sí misma, sino un cuadro abstracto; la manera de actuar es lo importante y la verdadera realidad. Aplicaré el mismo método, más brevemente aún, á las otras ciudades de que habré de hablar.

En todos estos análisis dedicaré gran parte á la psicología de los pueblos y de los individuos, que me parece ser uno de los resortes esenciales de la vida colectiva. Pero aquí son precisas algunas explicaciones generales porque todo estudio histórico implica una cierta concepción de la historia y de sus leyes. Actualmente son muy discutidas estas cuestiones. Por lo tanto debo indicar con qué criterio abordo mi trabajo.

I

Si la historia no fuese más que la narración de una serie de accidentes puramente fortuitos, no tendría mayor interés que cualquier «suceso» aislado. Ningún historiador deja de intentar hacer inteligibles los hechos que relata y hacer comprender su encadenamiento entre sí.

Así, toda explicación de ese género, quiérase ó no, reposa en leyes sociológicas más ó menos explícitamente formuladas. En cuanto

se pretende reunir los hechos determinados, estableciendo entre ellos una relación de causa á efecto, nos apoyamos, implícita ó explícitamente, sobre una proposición general que consiste en decir que, en todas las circunstancias, los hechos de aquella clase se eslabonan necesariamente. Ahí está precisamente lo que se llama una ley, y el oficio propio de la sociología consiste en procurar descubrir el mayor número posible de estas leyes, por el examen y el análisis de los hechos sociales.

Desgraciadamente, la sociología es una ciencia en vía de formación, aún no constituida; se construye lentamente, y no es seguro que llegue nunca á poseer un cuerpo de doctrina que permita explicar los hechos históricos con rigurosa precisión. Deseando salir de este período de los primeros tanteos, se aplica, con un método ingenioso, á dar á sus generalizaciones iniciales la mayor solidez posible, y las apoya en hechos muy generales y muy numerosos. Los recoge de las civilizaciones más diferentes y procede por vía de comparación para intentar deducir de ellos leyes. Se fija también preferentemente en los hechos más objetivos, en aquellos cuyos elementos se cree que se podrán abarcar sin demasiado trabajo, medir con cifras, clasificar en cuadros y reducir á fórmulas; por ejemplo: los hechos económicos, las instituciones. En el caso en que aborde hechos más complejos y más subjetivos, como las religiones, se detiene especialmente en los

ritos, que son la parte más exterior y más tangible de ellas, y se esfuerza en interpretarlos, acercándolos á otros hechos análogos.

Sólo estudia los hechos psicológicos en la medida en que estos hechos se traducen claramente por las instituciones ó los ritos, ó en el caso de que se les encuentre en todo tiempo y lugar en la humanidad, ó cuando pertenecen universalmente á cierto grado de evolución. Nada más legítimo; como el objeto de la sociología es el de establecer leyes aplicables á todos los países y á todos los tiempos, es natural que los hechos más generales, más fácilmente apreciables y medibles, los más objetivos tengan á sus ojos el mayor valor. Sin embargo, puede preguntarse si las generalizaciones construídas de esa manera no dejan escapar una gran parte de la realidad para ser completamente demostrativas, y si son bien sólidos sus cimientos. Sea de ello lo que quiera, es difícil, al comienzo de una ciencia nueva, seguir método distinto de ese.

Pero el papel del historiador es muy diferente, y las leyes sociológicas definidas de tal modo, en el supuesto de que estén bien sentadas, no le serían suficientes. El pretende apoderarse de la realidad viva, infinitamente compleja; el hecho concreto, esto es, la forma particular, única, es lo que ha caído en un momento y en un país determinado bajo la acción de las leyes sociológicas. Más tarde viene, á ser posible, el enlace necesario de estos hechos entre sí. Luego está claro que

aquí no basta con leyes generales muy sencillas para explicar la fisonomía propia de estos hechos, ni para hacer comprender la trabazón de los fenómenos. Cada uno de estos hechos particulares es resultado evidente del juego de un número formidable de leyes generales. Está situado en el punto de encuentro de una multitud indefinida de esas leyes, de las que apenas si sospechamos algunas y que no acertaríamos á desentrañar ni á enumerar en cada circunstancia, aun cuando las conociésemos *in abstracto*.

Admitiremos sin dificultad que los hechos económicos sean muchas veces la ocasión exterior del hecho concreto histórico, que su marco lo constituyan las instituciones, y que su primer impulso proceda de las ideas y sentimientos elementales del alma humana. Pero aquello que da á un hecho histórico su color, su fisonomía propia, es el modo en que un pueblo cualquiera, en un momento determinado, reobró bajo la acción de las circunstancias exteriores ó modificó las maneras generales de ser del alma humana; pues bien, la causa íntima de esta reacción escapa á toda determinación vigorosa. Nace, en primer lugar, en el genio propio del pueblo, en su modo habitual y hereditario de ver, de razonar, de sentir, de querer. Se halla también en la acción particular de ciertas personas, sin hablar de los accidentes que se oponen á toda previsión racional.

Siendo las leyes sociológicas, hasta las más sencillas, todavía muy hipotéticas, y ya que,

aun en el caso de que fuesen incontestables, son actualmente demasiado sencillas, demasiado generales y poco numerosas, para dar cuenta de la particularidad original de los fenómenos reales y, sobre todo, para establecer una relación entre ellos, y ya que aun cuando todas las leyes estuviesen supuestas y conocidas en teoría, es evidente que no se sabría, á causa de su número y de la diversidad infinita de sus combinaciones, aplicarlas rigurosamente á la interpretación de los casos particulares, ¿qué deberá hacer el historiador á quien, á lo que parece, faltan todos los indispensables puntos de apoyo?

Quizás estemos en el caso de recordar la célebre distinción de Pascal entre el espíritu geométrico y el espíritu de sutileza. Querer hacer de la historia una ciencia vigorosa, es probablemente negarle el derecho de existir. Lo que hay de científico en la historia es su voluntad de investigar la verdad; es el espíritu general de su método crítico; es su esfuerzo para describir bien los hechos, para no aproximar sino casos que tengan analogías y para establecer inducciones sobre observaciones exactas y bien elegidas; es, en fin, la reserva prudente de sus afirmaciones y la conciencia de la parte de hipótesis que mezcla al conocimiento propiamente dicho de la realidad. Pero sería contrario á la naturaleza misma de las cosas negarle una parte de intuición, de adivinación subjetiva, sin la cual quedaría reducida, las más de las veces, al silencio, ó cuando menos á co-

leccionar documentos estériles y á poner unos detrás de otros, en serie, hechos sin ninguna significación. Por lo tanto, es preciso confesar que la historia sólo es una semi-ciencia y que ocupa gran lugar en ella el arte, no exclusivamente en lo que se refiere á la expresión y á la presentación, como se admite generalmente, sino en lo que respecta á la misma investigación de la verdad y á la inteligencia de las relaciones que entre los hechos existen. La imagen que se propone reproducir de la realidad es una creación artística fundada en datos imperfectos.

Si es cierto que gran número de hechos son indudables en conjunto, no es menos cierto que la representación precisa de tales hechos es en parte conjetural. Y en cuanto á las explicaciones que la historia da del encadenamiento de los hechos, no puede reposar, por mucho que se haga, más que sobre inducciones siempre provisionales, toda vez que hay demasiados hechos que permanecen desconocidos ó insuficientemente analizados. Son construcciones probables, en ocasiones de una verosimilitud muy cercana á la certeza, pero que dejan, sin embargo, lugar á alguna duda y á mucha imprecisión.

Si eso es una inferioridad, la comparte la historia con todas las formas del conocimiento que se relacionan con la acción. Cuando me determino á obrar de un modo y no de otro, por mucho cuidado que haya tenido de rodearme de informaciones minuciosas y en criticarlas, no estoy jamás seguro

de no equivocarme. Un hombre político sería tonto si no se ilustrase antes de adoptar una decisión; pero llegaría á la locura si creyese poder prever con seguridad todas las consecuencias de sus actos.

Es preciso echar á suertes en cualquier acción. Es preciso echar á suertes también en toda tentativa que realicemos para conocer y comprender las cosas humanas. Arrancar á la historia toda esa parte de intuición, de inducción rápida y probable, no sería hacer de ella una ciencia vigorosa, lo cual es imposible: sería destruirla.

II

En ocasiones me pregunto si no existe entre los historiadores del día una excesiva tendencia á someterse á las enseñanzas de la sociología. En lo que se refiere á la investigación de las causas, se atienen fácilmente á aquellas que yo llamaba exteriores; desconfían de la psicología de los pueblos y de los individuos.

Las ideas de raza y del genio propio de un pueblo son ahora decantadísimas. Á todo historiador que conceda mucho espacio á los hombres en la trama de los sucesos se le hace sospechoso de anticuado. Ciertamente que se ha exagerado con frecuencia la impor-

tancia de los grandes hombres, reduciendo la historia entera á la narración de sus altos hechos. No es menos indudable que muchas veces se ha abusado de la raza, considerada como una entidad misteriosa y omnipotente, mal definida por lo demás, y que desde ese punto de vista ha podido tener utilidad el «materialismo histórico». Sin embargo, mi parecer es que se hace preciso volver á considerar las cosas de un modo más completo, y conceder á la idea de raza, comprendida sanamente, el lugar que debe ocupar.

No quiero hablar, ciertamente, de razas biológicamente puras y distintas, que es probable que no existan en ninguna parte, y que en último término no nos sería dado abarcar en la realidad. Hablo sencillamente de razas históricas, de pueblos reales, todo lo mezclados que se quiera en sus orígenes, pero que verdaderamente no dejan por eso de presentar caracteres específicos generales por los que se distinguen con claridad unos de otros. Yo no sé lo que desde el punto de vista biológico puede ser un francés, un inglés ó un alemán, ni qué número de razas puras entran en la constitución de cada uno de estos pueblos. Pero veo claramente que un francés, un inglés ó un alemán presentan características intelectuales, morales y hasta físicas que se hacen notar desde luego y que impiden toda confusión.

Los caricaturistas que deforman la realidad exagerando un rasgo distintivo, no se equivocan; crean tipos nacionales netos y fáciles

de reconocer. Esto quiere decir, no que en cada pueblo todos los individuos sean aproximadamente semejantes entre sí y muy distintos de los extranjeros, sino que en un mismo pueblo las diferencias individuales oscilan alrededor de un tipo medio que es el tipo nacional y que difiere de modo harto sensible de los demás tipos del mismo orden. Para no hablar sino de los rasgos intelectuales y morales, los más profundos de entre ellos están dotados de extraordinaria persistencia, se los reconoce sin dificultad á través de la historia de cada pueblo, siempre visibles bajo los cambios superficiales producidos por el curso de los acontecimientos. Ni siquiera las invasiones logran borrarlos, á no ser que su número sea suficiente para sustituir una población por otra; de otro modo, los inmigrantes se funden poco á poco en el pueblo invadido, y aun conservando ciertos rasgos particulares, se asimilan los rasgos generales, sobre todo si la fuerza del lazo político crea una comunidad de sentimientos que imponga á la admiración de todos un ideal único ó dominante. Y esas notas distintivas nacionales no se derivan de las instituciones: son anteriores á ellas y más íntimas. Influyen ellas más en la creación ó en la modificación de las instituciones de lo que éstas contribuyen á modificarlas ó moldearlas.

No me opongo á que estos rasgos profundos y duraderos de la fisonomía de un pueblo sean á su vez de origen social, aunque la parte física tenga en ellos la misma impor-

tancia; pero en cuanto son de origen social, pertenecen á un orden distinto que aquel á que las instituciones, propiamente dichas, pertenecen, por decirlo así, á otras estratificaciones, á capas geológicas más antiguas; las preceden y las sobreviven de igual modo que las modifican. M. Durkheim, en un artículo del *Año Sociológico*, reprochaba á M. Glotz por haber explicado ciertas formas de la evolución ateniense, por el carácter ateniense, y le preguntaba si suponía que había intervenido en eso alguna gracia particular. Contestaré por mi parte que esa «gracia», que no tiene nada de sobrenatural, es innegable; consiste en la aptitud hereditaria del ateniense á reaccionar de un modo determinado, con preferencia á cualquier otro, respecto de las causas exteriores. Iguales hechos indudablemente originan repercusiones políticas muy diferentes, según que el pueblo en que se realicen posea un espíritu más ó menos lógico, más ó menos generalizador, una imaginación más ó menos viva, una voluntad más ó menos fuerte. La sociología, que va á la busca de leyes aplicables á todos los casos, puede desdeñar este orden de hechos. Pero el historiador no tiene derecho á hacer lo mismo: está obligado á tener en cuenta, en los casos particulares que estudia, el «coeficiente personal» que les ha dado su fisonomía original y única.

Es evidente que en tal materia no habría que perseguir una demostración estrictamente científica. No se analiza un temperamento

moral como se analizan los términos de una definición matemática ó aun los elementos químicos de un cuerpo.

Es forzoso juzgar por impresión, por sentimiento. En todo juicio de este género hay algo de subjetivo que no se impone universalmente. Y, sin embargo, si las impresiones proceden de un conocimiento exacto y frío de los documentos que se estudian, el juicio total cuenta con muchas probabilidades de ser cierto y tiene condiciones para lograr una adhesión razonable.

En este respecto, es muy instructiva la literatura de un pueblo. Los oradores, los poetas, los filósofos nos enseñan muy bien, si sabemos interrogarles, cómo el pueblo en cuestión siente, imagina, razona y obra. En tal sentido, nos enseñan mucho los testimonios de los historiadores, hasta las anécdotas interpretadas de un modo crítico. Igual ocurre con los artistas. Existen rasgos intelectuales y morales tan visibles como los del cuerpo.

Un griego no se parece á un romano y menos todavía á un asiático. El tipo medio del griego es incontestablemente el de un hombre de inteligencia viva, ágil, sutil, esencialmente racional y dialéctico; ve claramente y siente la necesidad de explicarse cuanto ve. Es capaz de análisis y de ideas generales, pronto á las inducciones y á las deducciones.

Posee en menor grado la sensibilidad que la imaginación; en él las emociones proceden por igual de la cabeza que del corazón. Esta

imaginación de artista le hace amar en todas las cosas lo bello, y en momentos lo espantoso.

La misma imaginación dirige su voluntad, que es fuerte; pero sobre todo viva, rápida y en ocasiones voluble. Habla pronto y bien; escucha encantado su palabra. Muy sociable por el placer que experimenta en el ejercicio de la palabra y de la dialéctica, al mismo tiempo es muy personal, atento al propio interés (aun en lo que se refiere á sus ideas morales), deseoso de gloria, de éxito de cualquier especie, hasta con heroísmo á veces, con frecuencia con una vanidad algo frívola. Profundamente humano, puede mostrarse cruel cuando la imaginación le exalta la pasión. Posee todas las facultades que suscitan las iniciativas audaces y brillantes, en el arte, en el pensamiento puro, en los negocios, en la política, con preferencia á cualidades ponderadas y disciplinadas que constituyen la fuerza de la acción colectiva. Tales aptitudes aparecen ya en los contemporáneos de Homero. Persisten aún en la Grecia actual. Forman la trama sólida que constituye la unidad continua del pueblo griego á través de los siglos y de las revoluciones.

¿De dónde proceden? Sin duda de la prehistoria. Para nosotros tienen el valor de un hecho irreductible é inexplicable, de un hecho primitivo, pero tanto más evidente, cuanto que las comprobaciones del mismo son más numerosas y más constantes, á pesar de la diversidad de los disfraces impuestos por

las circunstancias. Por lo tanto, debemos tenerlos muy en cuenta. Que en algunos respectos sea inexplicable ó impreciso, poco importa: es innegable; y si no podemos medir su influencia por cifras, como no podemos reducirlo á fórmulas rigurosas, no es menos cierto que existe esa influencia y que ha tenido una importancia capital en la evolución del pueblo griego. Un pueblo razonador, imaginativo, personal, no acertaría á comportarse, respecto de la herencia del pasado, de igual modo que un pueblo escrupuloso, tímido de espíritu, poco inclinado á la abstracción, ó en el que fuese mediocre la personalidad de sus individuos. ¿Quién no advierte que es ese el nudo de la explicación histórica y no otro? Y ¿quién no ve al propio tiempo que si esta explicación debe ser forzosamente vaga, incompleta y subjetiva desde muchos puntos de vista, es, sin embargo, más penetrante, más instructiva y más verdadera, en suma, que cualquier otra de mayor precisión aparente, que pudiera fundarse sobre fenómenos exteriores? El arte del historiador consiste en sentir esas influencias imponderables, en medirlas de algún modo, y en dar á sus lectores una idea general aproximada, á falta de un conocimiento totalmente preciso y demostrado.

Las características que hemos indicado son generales, en mayor ó menor grado, á todas las ciudades griegas. Pero se encuentran en más abundancia que en cualquier otra parte en Atenas, á la que los antiguos denomina-

ban ya «la Grecia de Grecia». Este pueblo ateniense, el más griego de todos, es el que ha creado la democracia y la ha conducido á un florecimiento lógico y la ha hecho vivir con sus virtudes y la ha comprometido con sus faltas. Veremos qué circunstancias interiores ó exteriores le han permitido realizar la idea griega de la democracia con un brillo y una grandeza incomparables, claro que no sin desfallecimientos, pero en conjunto con el mínimum de defectos que llevaba consigo sin duda la naturaleza de la civilización y del espíritu griegos.

Al recorrer este análisis, se advertirá sin trabajo qué diferencias separan la Grecia antigua de las democracias modernas. Una de las principales consiste en la existencia de la esclavitud. Aún hay otras. Cuando se presente la ocasión, iremos señalándolas. A pesar de estas diferencias, acaso ellas nos parezcan menos extrañas, sin embargo, que las numerosas semejanzas con nuestra vida moderna que van ofreciéndose por sí mismas á cada página de la historia antigua. No habrá lugar á la sorpresa si se recuerda que ciertas cualidades y ciertos defectos del pueblo griego forman parte de la herencia común de todas las naciones procedentes directamente de la civilización greco-latina.

No se hallará en las páginas siguientes ni una apología de la democracia en general, ni un ataque contra sus principios. No trabajo sobre teorías abstractas. Estudio hechos. No

me obligo á dejar de juzgarlos en sus consecuencias, cuando estas consecuencias me parece que han sido en la práctica buenas ó malas. Pero procuro mantenerme lo más cerca posible de la realidad y evitar los juicios generales y absolutos. Creo con Aristóteles que la democracia, como las demás formas de gobierno, resulta necesariamente de circunstancias determinadas, y añado que parece hallarse en ella el término normal de la evolución de las sociedades civilizadas tal como las conocemos. Pero por grande que sea la nobleza de su ideal y por muy soberbiamente que parezca imponerse al pensamiento moderno, no resulta de ahí que pueda realizarse sin esfuerzo, ni que deje de haber para la democracia el peligro de chocar contra ciertas dificultades particulares. Igual que todas las formas de gobierno, tiene ventajas y defectos. Procuro mostrar unas y otros en las democracias antiguas con imparcialidad decididamente objetiva y explicarlos lo mejor posible con arreglo al conjunto de hechos que conocemos.